

Antofagasta, Historia de mi ciudad

**Panadés Vargas Juan Luis y González Pizarro,
José Antonio, Santiago de Chile, 1998**

Resulta apasionante la lectura de esta magnífica obra de dos grandes académicos e infatigables historiadores de la gran ciudad nortina, donde “guarda entre su frente levadura de océano y estrella”: Juan Panadés Vargas, de la Universidad de Antofagasta, y José Antonio González Pizarro, de la Universidad Católica del Norte. La obra está auspiciada por la Corporación Pro-Antofagasta y la Empresa Minera Escondida Limitada, hecho que la vincula aún más a su región.

La obra, prolijamente diseñada, cuenta con la sapiente presentación del Premio Nacional de Historia, profesor de la Universidad de Chile, Sergio Villalobos Rivera, lo cual avala su rigurosidad histórica. Señala Villalobos, que el libro “evoca aquella épica local, a veces anónima, otros con nombres destacados, empleando un buen conocimiento histórico desde los grandes fenómenos hasta el detalle, y desplegando un cariño por la ciudad que también es parte del éxito, porque nada se hace sin un entusiasmo personal”. Adherimos a los expresiones de Sergio Villalobos, por cuanto para escribir la historia regional es imprescindible sentir el fluir de la sangre que brota desde los raíces del terruño.

Es fácil y apasionante su lectura, hecho que posibilita sobremanera el adentrarnos en el entretenido desarrollo de una preñada documentación histórica, lograda por los autores en “una paciente labor historiográfica de muchos años, pesquisando la documentación en distintos archivos” (pp. 12-13). Esto se complementa con un valioso material fotográfico, demostrando de esta manera, la eficacia del documento iconográfico como método irremplazable para el análisis histórico. Además, se cuenta, inteligentemente, con los aportes literarios, en especial de una poesía que parece brotar desde la inmensidad de la aridez del entorno. A medida que transcurre su lectura, vamos sintiendo la sensación de que este arisco paisaje

estuviera en definitiva convivencia con la Divina Providencia. Así mismo se lo preguntaba el misionero Rafael Andreu y Guerrero, en carta al Rey de España (1803): “¿Cuál hubiera sido la suerte de aquellos reinos si la Providencia no hubiera ocultado aquel ameno paraje, y cuál será en los sucesivos si llegara a descubrirse?” (pp. 27-28).

El conocimiento de esa ignota región llegó a través de las explotaciones económicas de las guaneras, los minerales y las salitreras; las cuales llegan a trastocar la pesimista visión que predominaba sobre el “Despoblado de Atacama”. Antofagasta misma, se sustenta en dos fundamentos que originan su existencia: Juan López, “el primer hombre que habitó estas tierras”, y José Santos Ossa, que “otorgó las condiciones económicas para el establecimiento de un campamento que se desarrollará y transformará en ciudad” (p. 52).

El paisaje costero llamado Peña Blanca y La Chimba, fue su primitivo embrión urbano, del cual surge el motor que anima la vida de Antofagasta: La Sociedad Exploradora del Desierto de Atacama, desde 1866. “Peña Blanca, La Chimba y Antofagasta”, son los tres nombres que la ciudad ha tenido desde sus orígenes hasta hoy” (p. 66). El milagro del argentífero cerro de Caracoles, desde 1870”, modificó de golpe la fisonomía de Antofagasta” (p. 69).

A partir de entonces, comienzan a desfilar como vertiente inagotable todas las dimensiones del ser humano que recalcan en Antofagasta, expresadas en la historia de su vivir, tal como expresara Bennassar. Pasan por sus páginas la consolidación del atrayente pueblo; los sucesos de la Guerra del 79 que “transformó la vida diaria de Antofagasta puesto que cada habitante la vivió intensamente” (p. 91); el desarrollo del puerto y de la industria salitrera con sus periódicas crisis que impactaban profundamente en la ciudad; “su unión de intereses” con el ferrocarril, verdadero sistema circulatorio sanguíneo; los problemas sociales que alcanzaron “proporciones desmesuradas” y cuyo impacto político y económico “preocupó desde un comienzo a las autoridades” (p. 157); etc. Y así siguen sucediéndose los infinitesimales acontecimientos, que tal como decía Braudel, se moverían con lentitud casi extemporánea: la consolidación urbana; el nuevo puerto; la empresa de Baburizza y Lagarrigue; la construcción del puerto artificial; su paso de campamento a ciudad incipiente, la transformación de su casco urbano, la organización de su sociedad; los espacios de sociabilidad, donde “espacio, paisaje y gentes constituyeron una triada que forjó la fisonomía del nortino” (p. 216); el desarrollo cultural, de tanta importancia, puesto que “había que darle algo más que el requerido urbanismo... concepción de un estilo de vida” (p. 226); etc.

La obra de Juan Panadés y José Antonio González, parece obrar el milagro de acercarnos a la vibrante poesía de Andrés Sabella:

“Eres un nido lleno de futuro: te ama el viento, la vastedad te aprecia, por que en ti lo esencial está maduro”.

Marco Aurelio Reyes Coca